

N A N D O L Ó P E Z



LA LEYENDA DEL  
**CICLOPEE 2**

EL SECRETO DE T.

LA LEYENDA DEL <sup>2</sup>  
**CÍCLOPE**  
EL SECRETO DE T.

N A N D O L Ó P E Z

Ilustraciones de  
D A V I D B E N Z A L

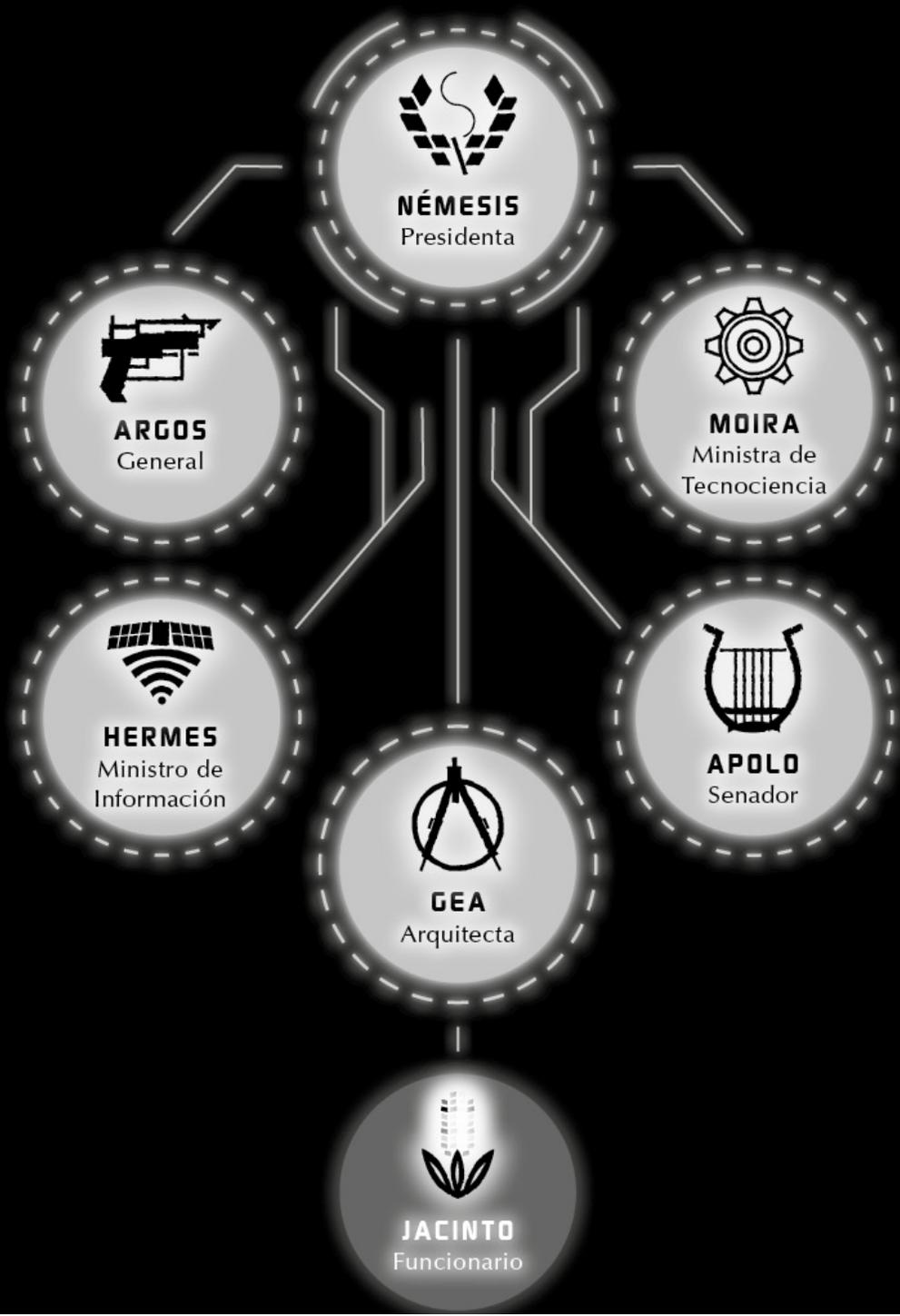




*A Sergio y a Érika,  
porque solo con mis rebeldes favoritos  
es posible mi Ítaca.*



# [ YPSILON ]







# CAZADORES



**ALCÍNOO**  
Cazador



**HIPÓMENES**



**ATALANTA**



**NAUSÍCAA**  
Cazadora



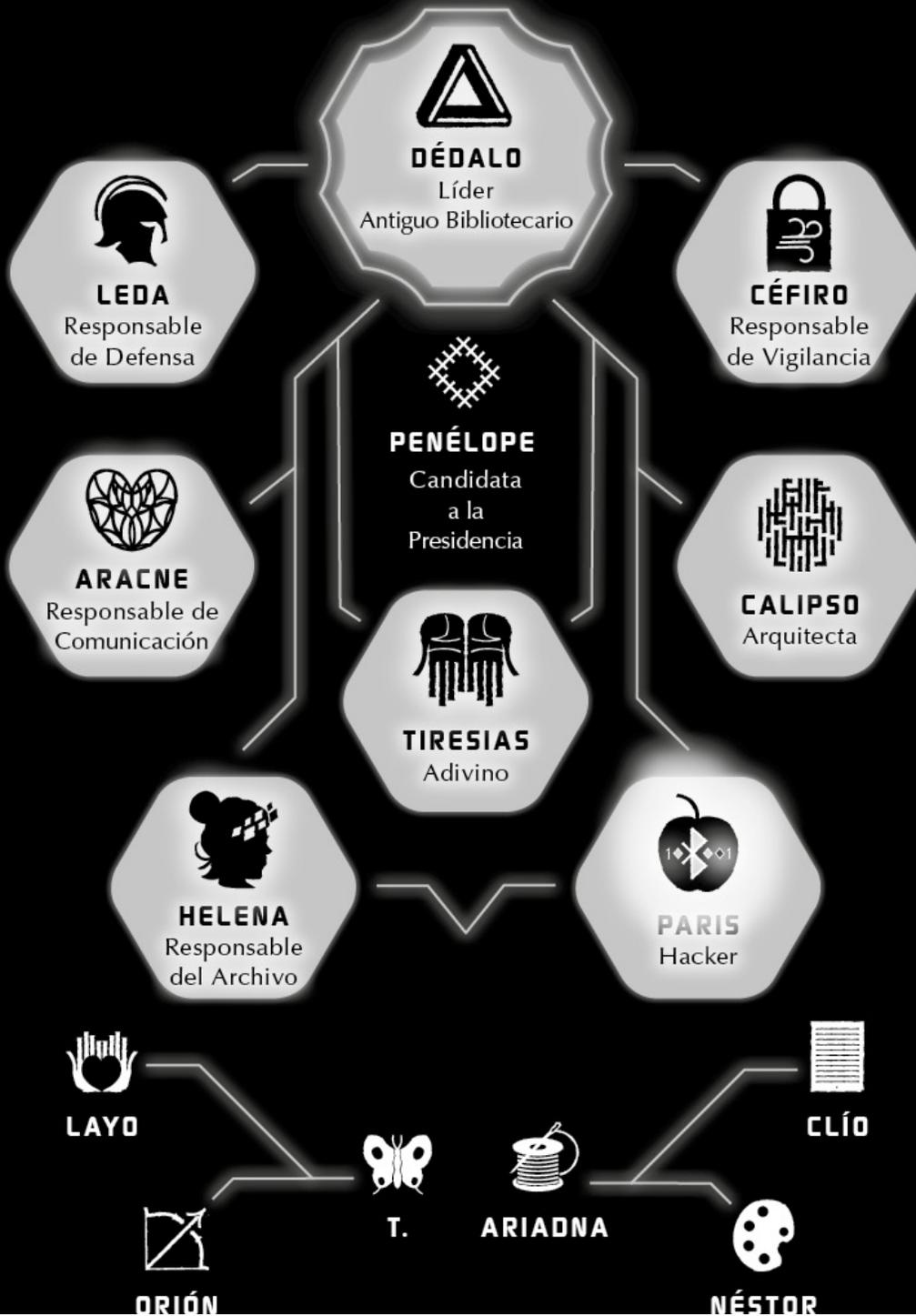
**MENELAO**  
Cazador



**ÁYAX**  
Centinela



# ÍTACA





«Aunque el destino nos imponga cuándo actuar, es nuestra voluntad la  
que decide cómo hacerlo».

Tiresias



# 1

## RAMAS Y RAÍCES

Faltaba poco para el amanecer cuando T. se detuvo a reponer fuerzas.

Había pasado toda la noche conduciendo, acelerando su moto al máximo para dejar atrás Ítaca e impedir que pudieran encontrarlo antes de que él diese con su destino.

Sin embargo, localizar las Islas dispersas en el interior de Ypsilon no le había resultado una tarea tan fácil como suponía. En ninguno de los mapas oficiales figuraban las coordenadas de esos emplazamientos en los que se reunían los Cazadores, el ejército de mercenarios que colaboraba con los Bibliófagos en la recuperación de los títulos del Índice Prohibido.

Por decisión expresa del Senado, las Islas permanecían ocultas en todos los sistemas cartográficos y su paradero solo se ofrecía encriptado a quienes pudieran demostrar, con hechos concretos, que apoyaban su labor. De otro modo, resultaba prácticamente imposible dar con ellas, pues se camuflaban bajo apariencias tan inofensivas como las de los centros tecnocomerciales o los parques holográficos que formaban parte de la felicidad instantánea que el Nuevo Orden había proporcionado a sus ciudadanos.

A T. le preocupaba haber subestimado la dificultad de su propósito. Llevaba muchos kilómetros recorridos y no había encontrado aún la más mínima huella de esas Islas, a pesar de que los últimos informes del Senado, a los que había tenido acceso antes de huir de Ítaca, afirmaban que su tamaño había crecido tanto como el número de sus habitantes:

«La adhesión de nuevas tropas de Cazadores es una prueba más de la lealtad de la población de Ypsilon a su Gobierno, frente a las acciones

terroristas de los criminales que, bajo el nombre de Ítaca, amenazan nuestra seguridad».

Eso, al menos, aseguraba el reporte que habían difundido, acompañado de imágenes tridimensionales tan crueles como contundentes, tras el fracaso del Décimo Aniversario. Aquella era la primera vez que se mencionaba públicamente el nombre de Ítaca y se asociaba con «acciones terroristas», entre las que se contaba la estampida humana en la Plaza del Fuego, causante de numerosas víctimas de diferente grado y consideración.

T. estaba convencido de que aquellas informaciones, elaboradas por Hermes y su Ministerio, eran las responsables de que se hubiesen incorporado nuevos miembros a los Cazadores, y confiaba en que ese entusiasmo repentino lo ayudase a encontrarlos, pero cada vez parecía más evidente que se había equivocado en sus predicciones.

Le gustase o no, tenía que admitir que localizar las Islas iba a requerir todo su ingenio. Así que, una vez que estuvo seguro de hallarse a suficiente distancia de Ítaca, buscó un lugar apartado y mínimamente seguro donde descansar un par de horas. De entre las escasas opciones que ofrecía la geografía cada vez más desértica de Ypsilon, optó por refugiarse en un abandonado polígono industrial.

Sustituidos por centros de producción más ecológicos y eficientes, aquellos espacios se habían mantenido como un recuerdo de la civilización anterior. El Senado los exhibía para subrayar sus logros sociales: si la población accedía a los recursos energéticos imprescindibles, era gracias a la gestión de Némesis y al reparto equitativo del Nuevo Orden. Lo que se obviaba, en cambio, eran las cifras de ese reparto, que resultaban más ajustadas cuanto más abajo se hallaban los ypsilianos y más periféricos eran los distritos en que vivían. Pero bastaba con aludir a la escasez de energía y a las guerras civiles que habían proliferado en los estados cercanos por culpa de la Crisis Global para acallar cualquier voz discordante... Salvo las que nacían en Ítaca.

T. aparcó su moto en uno de los callejones más angostos del polígono, se sentó junto a ella y, nada más apoyar su espalda en la pared, cayó en un extraño duermevela. Luchaba por deshacerse del cansancio y recuperar la conciencia, pero el agotamiento le impedía zafarse de esas imágenes en las que corría sin saber hacia dónde.

Solo podía distinguir las pantallas de realidad aumentada que llenaban las calles de Geonia, y sentía que había alguien más a su lado. Alguien a quien no era capaz de distinguir y que lo acompañaba a través de alguno de los distritos periféricos de la capital. Le resultaba imposible precisar el lugar exacto mientras atravesaba los edificios decrepitos, los cementerios tecnológicos y los callejones mal iluminados, en los que se hacinaba una multitud invisible a los ojos del Nuevo Orden.

En medio de la noche, T. no veía otra cosa que no fueran sus pisadas. La fuerza con la que golpeaban el suelo en su huida. La respiración entrecortada. El pánico a que el peligro lo alcanzase. Y la sensación de que otra persona corría junto a él.

Aunque intuía su identidad, no podía confirmarla, pues su sueño no le permitía contemplar el rostro de quien, en ese mismo momento, estaba soñando la misma pesadilla.

Ariadna había sido incapaz de dormir en toda la noche, preocupada por una marcha que ni entendía ni quería entender.

Sus padres habían tenido que esforzarse para convencerla de que necesitaba descansar un poco, y si acabó accediendo no fue porque creyera que tenían razón, sino porque no quería preocuparlos más. El Refugio estaba demasiado revuelto con la desaparición de T. y la angustia que había provocado en Layo y Orión. Ella tampoco podía silenciar sus dudas ni sus miedos, así que tuvo que esperar al filo del amanecer para que el cansancio le cerrase los ojos y la llevase hasta unas calles en las que se veía avanzar sin saber hacia dónde, pero notando a alguien muy cerca.

Ni T. sabía quién lo perseguía a él, ni Ariadna quién corría detrás de ella.

Ambos trataban de girar la cabeza una y otra vez para identificar a su acompañante, pero ninguno lograba adivinar nada en la oscuridad que los envolvía y que, de repente, fue interrumpida por un conjunto de edificios de paredes blancas. Debía de ser uno de los Retroespacios de Ypsilon, complejos turísticos que simulaban los entornos rurales que el Nuevo Orden se había encargado de vaciar, primero, y aniquilar, después.

T. intentó acercarse, pero el Retroespacio se desvaneció como si fuera un espejismo. La madrugada se había adueñado del espacio que recorría con el mismo rigor con el que una extraña sensación de inmovilidad comenzó a apoderarse de su cuerpo.

Pese a sus esfuerzos, y a los que también hacía Ariadna por seguir avanzando, sus piernas se negaban a deslizarse y se anclaron al asfalto con terquedad.

Los dos trataron de reavivarlas con sus brazos, pero estos se elevaron hacia el cielo, contrarios a su voluntad, extendidos y completamente abiertos.

Los pasos de su acompañante habían cesado. Solos, en mitad de aquel paisaje fantasma, sus miembros comenzaron a endurecerse y la suavidad de la piel dejó paso a la aspereza del material que, de repente, los recubría.

Sus piernas, transformadas en raíces, los sujetaban al suelo a la vez que sus brazos, convertidos en ramas, ensombrecían su rostro. Querían gritar. Huir de esas formas que usurpaban sus extremidades. Recuperar la agilidad de antes. Y también su voz.

Pero, cuando lo intentaron, se dieron cuenta de que ya no era posible. Aquellos árboles ahora enjaulaban sus miembros, y de su cuerpo humano solo quedaba el latido aterrado y claustrofóbico de su corazón.

Y fue ese sonido, el estruendo de su propio pulso, lo que deshizo las brumas y logró, por fin, despertarlos del sueño.

Una pesadilla que quizá significara algo, pensó Ariadna mientras trataba de serenarse.

Una fantasía que tal vez le hubiera mostrado el camino que debía tomar, se dijo T. mientras se ponía en pie, dispuesto a retomar cuanto antes la búsqueda de las Islas.

Ya despiertos, aún angustiados por la parálisis que los había atenazado y convencidos de que ese sueño había sido mucho más que una estúpida alucinación, ambos se dieron cuenta de que sabían quién era la persona que corría a su lado.

Era Ariadna quien huía hasta convertirse también en árbol en la pesadilla de T.

Y era T. quien sufría esa misma metamorfosis en la fantasía de Ariadna.

Ariadna, que se debatía entre echarlo de menos y odiarlo por haberla traicionado, no logró volver a conciliar el sueño durante el resto de la noche.

Y T., que estaba decidido a llegar a su objetivo antes de que nadie pudiera impedirselo, decidió olvidarlo y reanudar su camino.

Su viaje no había hecho más que comenzar.



## 2

# LAS ISLAS

Tras revisar en la red todos los Retroespacios conocidos, T. se dirigió al que, según las imágenes que arrojaba el buscador, era el más parecido al de su sueño, y que se hallaba a unos cien kilómetros de distancia del polígono en el que se había refugiado.

Por suerte, su consulta había sido lo bastante inocente como para no tener que preocuparse de su rastro digital, ya que sabía que el Senado hacía un seguimiento exhaustivo de las conexiones de los ciudadanos. Los Rebeldes habían tratado de alentar la polémica contra esas medidas, pero el Senado se les había adelantado una vez más, convenciendo de su necesidad a los ypsilianos hasta el punto de que fueron ellos mismos quienes solicitaron ese control.

Para ello, el Senado se había servido de los reportes elaborados por Hermes y su equipo, en los que se insistía en cómo la red había sido, junto con la ficción previa a las Tres Leyes, el vehículo con que se habían planificado acciones tan terribles como el Triple Atentado. Solo tuvieron que convencer a la población de que necesitaban ser protegidos para que los ypsilianos admitiesen, sumisos, los vetos cibernéticos. Y someter la red a un severo escrutinio, limitando su acceso, era uno de ellos.

Cuando T. llegó por fin al Retroespacio que había localizado en su buscador, supo que se encontraba en el lugar correcto.

No había ninguna señal que se lo confirmase, pero el hecho de que aquel entorno fuera idéntico al de su sueño solo podía interpretarse como una de esas señales que formaban parte de su vida desde que Ariadna había irrumpido en ella. Al recordarla, sintió una punzada de

culpabilidad, de la que se deshizo igual que se desprendía de cualquier otra emoción que lo incomodase: actuando.

Obedeció a su intuición y atravesó las puertas de lo que, en apariencia, no era más que uno de los complejos turísticos con los que el Senado recompensaba a los trabajadores, ofreciéndoles «unos días de descanso en entornos *vintage*». Así era como promocionaban los Retroespacios en su publicidad oficial, cuyo alojamiento se cedía gratuitamente por unos días a cambio de aumentar la productividad durante los meses siguientes a la estancia. De este modo, lo que se anunciaba como un premio democrático se convertía en un incentivo laboral que incrementaba los beneficios de los Distritos 1 a 5 de Geonia, la verdadera elite ypsiliana.

Ya en el recinto, T. comprobó que se hallaba en lo cierto: la arquitectura exterior no era más que el gigantesco decorado tras el que se escondía la Isla, un asentamiento compuesto por una sucesión de construcciones independientes de una sola planta, que no debían de superar en ningún caso los cuarenta o cincuenta metros cuadrados de extensión y cuya estructura de acero y hormigón no se parecía en nada a las bucólicas casas encaladas de blanco con que se anunciaban los Retroespacios.

Lo primero que llamó su atención fue el foso virtual que protegía la Isla e impedía entrar sin la autorización de los vigías.

No se trataba de una excavación física en el terreno, sino de una hilera de proyecciones que forzaban un desnivel insalvable, ya que resultaba imposible orientarse con precisión frente a aquel trampantojo móvil que parecía elevarse, descender e incluso extenderse y encogerse ante quien tratase de atravesar su perímetro defensivo.

Nunca había estado cerca de ninguna de las Islas, y lo único que sabía sobre ellas era lo que el propio Senado había divulgado al respecto en sus campañas de captación de nuevos Cazadores.

Habían sido concebidas para albergar a sus moradores durante un tiempo máximo de quince días, de modo que repusieran fuerzas, cuidasen de los heridos en los combates con los Rebeldes y, sobre todo, planificaran nuevas incursiones con las que seguir alimentando las llamas del Taigeto, el edificio en el que se condenaban al fuego las obras prohibidas a la vez que se creaban y difundían las nuevas. Pero solo había dos formas de atravesar su foso: mediante el código que se atribuía a cada

Cazador después de la primera transacción o, en su defecto, presentando un ejemplar del Índice Prohibido.

T. no contaba con ningún código de acceso. Sin embargo, disponía de algo que era aún más valioso: el libro de cubiertas quemadas que, aprovechando la euforia del reencuentro con Clío y Néstor, le había quitado a Ariadna. Por suerte, ni ella ni sus padres se habían dado cuenta de cómo aquel ejemplar de la *Odisea* cambiaba de manos y se convertía, de repente, en el salvoconducto que T. necesitaba para sumarse a los Cazadores.

Tras rodear parte del perímetro del foso virtual, localizó un arco de entrada. Tan pronto como el sistema de vigilancia se percató de su proximidad, saltaron las alarmas que avisaban de la llegada a la Isla de un intruso. Apenas habían pasado unos segundos cuando lo rodeó un grupo compuesto por dos Cazadores y tres Bibliófagos.

—Nombre —le preguntó uno de los cíborgs que formaban parte del particular comité de bienvenida.

—T.

—¿T.? —respondió con sorna uno de los Cazadores.

—Sí, T. —repuso con seguridad, tratando de resultar lo más relajado posible—. Aunque acabaré cambiándomelo por otro nombre más convencional. El mío solo me da problemas.

Ese nombre era lo único de sí mismo de lo que no había tenido que despojarse. A cambio, se había visto obligado a modificar su aspecto por temor a que lo relacionasen con los culpables de haber arruinado el Aniversario. No parecía probable que las fuerzas del Senado hubiesen reparado en él en medio de la marea humana que desbordaba la plaza, pero T. había preferido no arriesgarse y extremar las precauciones.

Lo más seguro era que los Cíclopes continuaran rastreando y analizando las imágenes de aquel día, editadas y viralizadas por el propio Senado, en busca de pistas con las que reconstruir el retrato robot de los responsables del ataque. Pero incluso si lograban aislar su silueta de la multitud que aparecía en esas grabaciones, la nueva apariencia de T. —con el pelo teñido de rubio y rabiosamente corto, un falso tatuaje en forma de araña cubriendo la totalidad de su rostro, lentillas para oscurecer sus ojos y ropa amplia y suelta que disimulaba su poderosa musculatura— lo volvía prácticamente irreconocible.